

LIBROS

Trabajos poéticos de Valverde

En una pequeña nota que precede a su recopilación, el propio José María Valverde nos aclara que los poemas aquí agrupados corresponden al período 1971-76, a los que ha puesto el título de "Ser de palabra", por ser el de la segunda parte de las tres que forman este volumen, corto en páginas y grande en enjundia (1). Representa la totalidad de su trabajo poético posterior a "Enseñanzas de la edad" (1971).

El profesor, el escritor, el ciudadano José María Valverde, ha vuelto hace poco de un exilio que eligió voluntariamente. Un buen día abandonó su cátedra de Estética en la Universidad de Barcelona y marchó a enseñar a otra americana. Supongo que era el fin de un proceso en que su concepción de la estética y la civilidad hacía completamente imposible en su ámbito personal su convivencia con el franquismo. Alguien me contó —ignoró hasta qué punto sea cierto este subrayado, aunque lo merecía— que en los Estados Unidos vivió casi encerrado en el "campus" de su cátedra, sumergido en su trabajo y recorriendo el mismo camino de ida y vuelta entre árboles, de su casa al departamento. Era un exiliado que nada tenía que ver con aquella sociedad que rugía puertas afuera de su particular enclaustramiento pedagógico-investigador. Pero nunca Valverde presumió petulante de nada de esto. Tampoco de su exilio. Ha vuelto como se fue, corroborando con su comportamiento una postura ética adoptada y decidida.

Los poemas recogidos en "Ser de palabra" proceden de este conjunto de circunstancias personales y colectivas. Son una reflexión en voz alta sobre temas diversos. No pocos se sentirán sorprendidos ante la aparente falta de lirismo, de intimismo, de juego verbal, de divagación acumulativa fuera casi siempre. No hay aquí, es verdad, falsos gimo-

(1) "Ser de Palabra", José María Valverde. Colección Ocnos. Barral Editores. Barcelona.

teos, imágenes gastadas y archirepetidas, sensiblería ñoña, frivolidad despechada, explosiones falaces, infructíferos meandros de charlatanería. La "poesía" se acepta y utiliza como medio de comunicación. El propio Valverde lo explica al comienzo para que no haya dudas: "Uso el verso como medio general para cualquier tema, tono y punto de vista en que me sienta movido a hablar, sin miedo a que el resultado se considere más bien 'ensayístico', 'teórico', 'didáctico', 'periodístico' o alguna otra cosa análogamente asociada a la prosa dentro de nuestras costumbres y nuestra tradición inmediata".



José M. Valverde.

Las tres partes que forman el libro corroboran a las claras las intenciones del escritor. La primera, "Tres poemas", explicita tanto la toma de conciencia —"Agradecimiento a Cuba"— como las posiciones del ciudadano ante la Historia futura —"Conversaciones ante el milenio"—. La parte tercera, titulada "Maneras de hablar", incluye seis poemas. Son otros tantos homenajes a amigos personales y literarios, presentes o pretéritos, todos desaparecidos: Luis Felipe Vivanco, J. J. Rousseau, su madre, la penumbra de Alonso Quijano, el Presidente Salvador Allende, Gabriel Ferrater.

La segunda, "Ser de palabra", consta de siete partes que giran en torno al lenguaje, su teoría y dimensión social. El primer poema es como una paráfrasis de la afirmación de Marx en la "Ideología alemana": "El pensamiento es el lenguaje", a la que amigablemente califica de "gran perogrullada".

El cuarto poema nos remite a la incidencia de su vida extran-

jera sobre sí mismo. Son dieciocho apretados versos de indudable patetismo:

"Maduro ya de edad y de poesía,
te has marchado a un país de
lengua ajena,
[y no es vivir.

Y oyes tu voz, ridícula y extraña,
fallar lo que aquí un niño
[siempre acierta.

El fondo de tu espíritu no late
si no vive en la lengua que es
[tu historia".

A describir, matizar y precisar los caminos del lenguaje están dedicados los poemas sexto y séptimo de esta segunda parte. El cuarto intenta entreverar la economía y el lenguaje. Se inicia con una relación de palabras "prohibidas" o "vergonzosas": "acciones", "renta", "hipoteca": "con su son de caballo trotando sin sentido". Para concluir denunciando ese lenguaje hermético como acción específica de la clase dominante, es decir, la que detenta la propiedad privada de los medios de producción social:

"Todo el lenguaje está com-
prado por los amos,
les escusa y esconde, y al ro-
bado ignorante
le hace más respetuoso ante el
[vago sistema.

No se atreve ni a usar como
[suyo el lenguaje".

El conjunto de "Ser de palabra" descubre una poesía civil, densa y tenaz, en la que planea a veces el recuerdo, quizá, de don Antonio Machado. Pero la precisión es ociosa. Sobran ejemplos de poetas que asumen su vivir en la Historia y actúan en consecuencia y ahí se sitúan los poemas de Valverde. Los dos polos de su reflexión son un socialismo inconcreto como proceso de justicia y el pensamiento cristiano con sus corolarios de fraternidad y trascendencia.

No hay escapismo ni panfletarismo y mucho de testimonio personal. En ciertos casos reconoce pasajeros y pasados errores o vacilaciones. Lo hace, por ejemplo, en su "Agradecimiento a Cuba": "... yo no lo vi claro durante algún tiempo". Pero lo que constituye el meollo temático es la explicitación de su toma de conciencia de cómo cambiar el mundo:

"En una isla donde nunca he
[estado,
hace unos años hombres de
[mi lengua

se echaron a cambiar su triste
[mundo;
lucharon con sus déspotas,
[vencieron
y al ir a poner manos al trabajo,
[Jo,
vieron que eso se llama socia-
[lismo...

Yo, marginal, desanimado y
[triste,
de ellos puedo aprender algo
[que habríamos
de hacer los que decimos ser
[cristianos".

Y este sentimiento está presente a lo largo de todo el libro como una necesidad para que las cosas tengan sentido. Para que el individuo, la Historia, la palabra, la justicia, la ecología, el reparto, la vida, la ciencia, la técnica y el futuro puedan ver un mañana pacífico y fructífero. Sus "Conversaciones ante el milenio" son la visión de un futuro humano. Valverde habla de una sociedad austera, sin competitividad ni luchas, en la que los hombres puedan prepararse tranquilos e incólumes "a recibir" —en lo que es espíritu de totalidad para el poeta— "la Venida Final de la Palabra". Valverde deja caer al mismo tiempo un incógnito interrogante. ■ JUAN ANTONIO HORMIGON.

"Esplendor negro"

Hay libros que, después de adquiridos, se abandonan por un tiempo, quedan perdidos en cualquier rincón; a veces, porque no interesan lo suficiente para emprender de inmediato el viaje de su lectura, y otras precisamente por todo lo contrario: porque su mismo título, la personalidad de su autor, o algo más preciso todavía —un aura que genera un sentimiento parecido al amor— hace presagiar en ellos la posibilidad de una aventura, de una intensa aventura que hoy sólo proporcionan ciertos libros y algunos venenos. Pero no importa el motivo que los relegue al olvido momentáneo: ellos están ahí, agazapados, esperando el momento inevitable en que serán abiertos. Esperando el momento en que la posesión material del libro considerado como objeto material se convierta en posesión real por la lectura, si es que tal milagro acontece.

He tardado mucho tiempo en decidirme a leer "Instancias en Luzbel" (1), de Francisco Brines, y no precisamente por pereza;

(1) Visor Libros. Madrid, 1977.

cuando lo recibí, el momento —mi momento personal— no era adecuado. Conocía yo al autor, al hombre y su obra anterior, y sabía que su lectura iba a ser para mí de lectura más que grata. Algunas veces —nunca en momentos que se puedan considerar perdidos— leía un poema o un fragmento de poema; más tarde leí las críticas que se le hicieron en diversas publicaciones, elogiosas todas. Y por fin, una noche cogí el libro y lo leí de un tirón. No sé si entonces lo poseí; pero, desde luego, su lectura me proporcionó una experiencia intensa.

Reconozco que soy poco lector de poesía; tanto al leerla como al escribirla, son artes que se vuelven cada vez más raros. Parece que el tiempo que nos ha tocado vivir no propicia el hecho poético, al menos en su forma tradicional: la poesía se refugia ahora en lugares que no son los libros, y vuelve a los escenarios de donde surgió: a la calle, al espectáculo de lo cotidiano; se hace poesía y teatro en el "rock"; poesía e imagen en el cine y en el "comic"; pero es cada vez más escasa la poesía, merecedora de tal nombre —esto es, creación, invención del mundo, ordenación del caos o reflejo ordenado de él—, que se hace solamente con el material más viejo del mundo, con la palabra. Los intentos habituales en este campo —y esta es la razón por la que huyo de su lectura— suelen pecar de un extraño academicismo que a veces se disfraza, vistiendo el oropel de las más trasnochadas vanguardias, de lo que fue vanguardia en su tiempo, y

el hastío me suele vencer, me hace incapaz de tragar las cantidades de palabrería vacua que suele ofrecérsenos bajo la etiqueta de "poesía". Por eso me ha resultado grata e importante la lectura de "Instancias en Luzbel". No trata de presentársenos con la máscara del experimento, no se acoge a ninguna fórmula vanguardista ni es tampoco arcaísmo nostálgico de tiempos pasados. Se trata, ante todo, del recuento de una amarga experiencia vital; amarga porque lo es la vida misma, no porque lo sea Brines.

"Esplendor negro" lleva por título el poema que encabeza este libro. Y no es por azar —nada, en poesía, es por azar, aunque el azar juegue su parte importante en la creación poética—: es un esplendor negro el que ilumina todo el libro, desvelando precisamente la blancura fosforescente de su pensamiento. Paco Brines ha realizado aquí una obra de "arte mayor", un ejercicio de cante grande, si se me permite la comparación con el flamenco. Su pensamiento está imbuido de una tristeza luminosa que podríamos llamar mediterránea. Porque el Mediterráneo, a pesar del tópico, no es sólo bullicio y alegría: es también el estoicismo de Séneca, la sombría pugna de "La Farsalia", el engaño amargo de Luis Cernuda. El Mediterráneo tiene de alegre lo superficial, y de melancólico, de trágico, el pensamiento recóndito y profundo.

Los poemas de Brines son rurales y urbanos al tiempo; no hay en él una fijación excesiva en los paisajes, pero sí en los

cuerpos que los transitan: anhelo de la juventud incosciente de serlo, plasmada en cuerpos que rompen la noche. El erotismo, o más bien Eros, cruza toda su poemática, tiñe incluso su pensamiento profundo, duro y seco, de melancolía. La soledad se advina en cada línea, en cada verso, en cada signo de puntuación incluso. Y la muerte se ve, acercándose, tras cualquier sonrisa engañosa, tal cualquier disfraz de luz.

"Instancias en Luzbel": insistencias en la luz caída, en el ángel que se encamina hacia la muerte. Perversión: soledad, agotamiento. Estos son los mensajes de Francisco Brines, o al menos alguno de ellos. Reseñar este libro, tan rico en poesía clara y en conceptos que tienen tanto de la reflexión como del sentimiento, es trabajo difícil: para agotar los temas, las ideas, los ritmos que apunta Paco Brines, me sería necesario escribir un ensayo de volumen doblemente mayor que el de su libro. El poeta es conciso y dice lo que quiere. Queden estas líneas como homenaje a un autor y como alborozada constancia de que todavía algunos siguen escribiendo poesía grande. ■ EDUARDO HARO IBARS.

De vanguardia obrera a partido-Estado

Tal vez en ningún caso hayan ido tan de la mano construcción del Partido y reconstrucción de la sociedad y del Estado como en

la Unión Soviética. Ahora bien, no entenderemos nada de lo que hoy pasa en la URSS si, aparte de analizar la sustancia ideológica que anima —o frena— al Partido, no nos preocupamos de conocer las formas organizativas y métodos de trabajo por él adoptados a través de sus diversos avatares históricos, y sobre todo en ese período, esencialmente crítico, que va desde octubre hasta el final de la segunda guerra mundial.

Esto último es lo que hace, precisamente, en un libro de reciente traducción, el historiador italiano Giuliano Procacci (1). Su intención, según confiesa él mismo en el prefacio, no es otra que verificar la hipótesis avanzada ya por Togliatti según la cual debió ser en el seno del propio Partido donde "se iniciaron las dañosas limitaciones al régimen democrático y el advenimiento gradual de formas de organización burocrática".

A través de una atenta relectura de los diversos Estatutos del PCUS (fueron, por ejemplo, seis entre 1917 y 1939) y de las resoluciones de distintos Congresos, Procacci consigue efectivamente desvelar las formas burocráticas adoptadas por el Partido en su funcionamiento al tiempo que analiza algunos de los factores que hicieron posible el desarrollo de ese tipo de tendencias.

Puede afirmarse sin vacilaciones que la burocratización del PCUS comienza en el momento mismo en que éste asume funciones de gobierno y comienzan a identificarse sus cuadros con los del aparato estatal. En vano se intentará una y otra vez, en sucesivas purgas, eliminar a los parásitos y elementos pequeño-burgueses de la vieja burocracia infiltrados en el partido. Los bolcheviques —Lenin lo vio perfectamente— no podían prescindir de los "especialistas" ni de la "intelligentsia" del antiguo régimen por más que éstos representaran un foco seguro de contagio.

(1) "El partido en la URSS (1917-1945)". Traductora: Juana Bignozzi. Editorial Laia. Ediciones de Bolsillo. Barcelona, 1977.

(2) En torno a la imposibilidad de alcanzar el auténtico socialismo mientras siga vigente esa ideología tecnocrática, me permito recomendar, para su traducción al castellano, la obra de Alfred Sohn-Rethel: "Geistige und Körperliche Arbeit" ("Trabajo intelectual y manual"), publicada en Alemania por Suhrkamp. Sohn-Rethel, figura menor y prácticamente desconocida entre nosotros de la Escuela de Frankfurt, es autor asimismo de un penetrante análisis de los postulados económicos y sociales del nazismo, que merece también ser traducido. Su título: "Ökonomie und Klassenstruktur des deutschen Faschismus".

